

que despues fuè inundado y que estaba en el local que hoy ocupa la Laguna de la Magdalena, fuè el primero que á la cabeza de otros se alarmaron: salió con su cacique á reconvenir á los españoles de su injusta agresion. Ya no pudo Nuño de Guzman sofocar al pronto esta voz, que despues se ayò en lo màs de los reinos conquistados, porque aun los ánimos de los subalternos estaban divididos y los más con intencion de abandonarlo; porque la pobreza de oro y plata, no les daba esperanza de recompensa. De aquí resultò que para reconcentrar sus fuerzas, despoblò à varias villas, como Chametla y otras. Por otra parte, ya en México tenia enemigos poderosos, y sobre todos, Hernan Cortés, que solo pensaban en vengarse de él, y por lo mismo, no podian contar con auxilio ninguno. Por esto resolvió ocurrir á España dando noticia de todo lo sucedido, y pidiendo se le aprobasen sus hechos.

Se le dá título de N. Galicia á todo lo conquistado por Guzman y de la residencia de éste le viene su última ruina.

Nuño de Guzman como buen político, mientras en México lo malquistaban, trató de reco-

mendarse en la corte. Al efecto trabajó una representacion lo mejor que pudo de todos sus servicios y pasos que habia dado para reducir á la obediencia de los reyes de España los reinos de Tonalá y Jalisco, con porcion de provincias subalternas. Hizo presente que contenian como dos millones de habitantes: que toda la tierra era muy fértil y que todo lo necesario para la vida, se producía con abundancia; pero que hasta entónces no se habian descubierto minerales, aunque representaba poder encontrarse en sus sierras, que tenia varias.

Por todo esto pedia se le aprobase todo lo hecho: que se le hiciesen buenos sus sueldos que como á presidente de la audiencia de México le pertenecian, porque la tierra era pobre de dinero. Tambien pidió se le diera á su conquista el título de la nueva Castilla de la mejor España, menos el reino de Jalisco, que por parecerse su superficie y costas á Galicia, pedia se diera el título de N. Galicia.

Ausente el emperador Carlos V que gobernaba entónces la monarquía española, recibió la reina la solicitud de Guzman; y con dictámen del consejo se le negò el título que pedia para toda su conquista, y que solamente se denominase N. Galicia. Se le mandó que fundase una

ciudad con el nombre de Compostela para capital del reino. Y en lo demás se remitió el consejo à lo que el emperador resolviese. Procedió Guzman à la fundacion de Compostela, pero no en el medio de su conquista, sino en un puesto limítrofe à la de D. Francisco Cortés, con el fin de agregarlo todo à la N. Galicia, como despues de mil debates se consiguió.

Resentido en sumo grado el marqués del Valle D. Fernando Cortés, no solamente por la severidad y rigor con que verificó su residencia cuando vino de España por su juez, sino tambien por haberse adjudicado como suyo lo conquistado por su sobrino D. Francisco, promovió cuantos capítulos pudo encontrar para vengarse, en la residencia que ya le amenazaba, y se le habia pedido de México. Esta se hacia imposible estando Guzman aún de gobernador de la N. Galicia. Al efecto se informó al soberano y pidió se le confriese el empleo à D. Luis de Castilla; vino la providencia como lo pedia la audiencia, y se le dió orden à Castilla para que fuese con cien hombres à Jalisco à recibirse del gobierno del reino: y que mandase preso à Nuño de Guzman.

Agravaba la causa de este infeliz, el trato bárbaro que daba à los indigenas, quitándoles

sus tierras para darlas à sus jefes y soldados subalternos en la llamada encomienda. Este título se les daba para que en clase de tutores procurasen los encomenderos, la civilizacion y la reduccion de los indios à la religion. Pero los bárbaros conquistadores la convirtieron en un derecho de propiedad, de más comprension que los derechos de un monarca. Los encomenderos hacian uso del servicio de los infelices, en labores, en minas y aun en los caminos; conduciendo las cargas como recuas, y ésto aun las mujeres: porque aún no se propagaban las mulas y otros animales de carga que trajeron de Europa.

Los encomenderos vendian à los indios como si fuesen bestias ó esclavos; y por último, al más leve delito les quitaban la vida. Muchas veces sucedió que no encontrando carne para mantener à los perros que trajeron, mataban un indio para sustentar à los animales. ¡Se extremece la humanidad al oír tan horrorosa conducta!

No estaba tan libre Nuño de Guzman de estos delitos, que juntos con otros, como fué el de la injusta muerte que dió al rey de Michoacan, le preparaban à gran prisa su último exterminio. Salió D. Luis de Castilla de México, Guzman lo supo pronto, convocó à sus capitanes subalternos, que no estaban lejos, despachó correos por

todas direcciones para juntarlos y tratar el modo de recibir al sucesor.

Dió lugar á todo esto y fraguar una formal resistencia, la morosidad de Castilla. Hizo presente Guzman á sus capitanes, con la mayor elocuencia y energía, sus padecimientos y servicios en la conquista de unos reinos tan interesantes; que cuanto sucedia era promovido por informes siniestros del marqués del Valle, su mortal enemigo; que era preciso representar contra ellos, y mientras tomar las más serias providencias para impedir su ejecución. Todos respondieron: que su suerte y su honor, ultrajado por sus rivales, los resignaban á cumplir sus disposiciones y que cuanto determinase seria obedecido. Entretanto D. Luis de Castilla se acercaba á Jalisco: desde Tetitlan mandó una comision con el aviso de su arribo, con órdenes del soberano. Guzman contestó en los términos más comedidos y políticos. Esto les chocó demasiado á los compañeros de Castilla, ménos á él, que lo llenó de encomios por la respuesta tan inesperada. Debia de ser este algun *Beatus vir* poco versado en las intrigas de los ambiciosos. En esto era maestro D. Nuño de Guzman, y luego trató de prender á D. Luis. Al efecto se ofreció Juan de Oñate, íntimo amigo de Guzman: y con

cincuenta hombres bien armados salió de la ciudad con el mayor secreto. D. Luis de Castilla, creyendo á Guzman de buena fé, habia movido su campo para Jalisco. Fué avisado de la descubierta Oñate que se acercaba D. Luis y á media legua de distancia uno de otro entró la noche.

Se certificó Oñate por medio de espías que D. Luis y sus compañeros estaban descuidados y aun desnudos.

Ayanzó inmediatamente sobre el real, aseguró primero la remonta, y á una voz les dieron el viva el rey, y añadieron, viva D. Nuño de Guzman. Se metieron por las tiendas de los que hasta entónces dormian sin el menor recelo de traicion. Ya se deja entender cuál seria la sorpresa y susto de los que en nada ménos pensaban que en esta aventura. Sin armas, sin caballos y aun desnudos corrian los vencidos por todas direcciones, y aún no entendian lo que estaban viendo. Viendo Castilla á su lado al capitán Oñate, aún le saludó como amigo. La respuesta fué la voz de pena de la vida al que se mueva antes de ser preso. Hasta entónces conocieron la situacion en que se hallaban.

Condujo Juan de Oñate á sus prisioneros á Jalisco, de donde no estaba lejos: el sobresalto

de Castilla y los demas, era extraordinario. Tanta alevosía les presagiaba una suerte infeliz. Pero luego que se vieron á la presencia de Guzman, volvieron en sí, porque solamente le oyeron protestar contra las órdenes que llevara D. Luis y que le era forzoso representar al soberano sus servicios. Asegurado Castilla en el cuartel con los suyos juntó Guzman á sus capitanes, les consultó sobre el caso y fueron de opinion que dejase volver libre á D. Luis á México con los que de los suyos quisiesen volverse. Así se verificó con mucho desaire de Castilla, que no fué muy bien recibido de la audiencia, por su imprevisión y poco valor. Se hicieron representaciones las más enérgicas de parte de la audiencia y de Guzman; y el resultado fué perderse el barco que las llevaba á España, y con él las esperanzas de ambos partidos.

Sabiendo Guzman que en España se denigraba mucho su conducta: que el atentado cometido contra el rey de Michoacan era el asunto de los estrados y mostradores y aun de los consejos: que con el golpe impolítico contra Castilla acabaria de atraerse toda la execracion del rey y de la Nación, trató de curarse en salud, segun su opinion. Pero todo lo erró, y ya era fuera de tiempo la providencia de ir en persona á la

carte que tenia por el único remedio de los males que le amagaban. Ya venia para entónces un juez de residencia, que sin saberlo le habian procurado sus enemigos. Salió de Jalisco con cincuenta hombres, declarando por gobernador interino á D. Cristóbal Oñate; y extraviando caminos, primero fué á Pánuco de Tamaulipas en donde habia sido gobernador cuando vino al reino, para recojer el caudal que pudiera de los bienes que habia dejado cuando pasó de presidente á México.

De Pánuco pasó á Mexico, en donde encontró ya á su juez de residencia, Lic. D. Diego Pérez de la Torre, que acababa de llegar de España. Este, sabiendo en el puerto que Guzman tenia preparado con tiempo un barco para marcharse; dejando su familia, se vino á la ligera á México para no perder la ocasion de realizar las órdenes que traia de mandar preso al conquistador de Jalisco. Casualmente salia Pérez de la Torre de la asistencia del virey D. Antonio de Mendoza, cuando entraba Nuño de Guzman. Este le dijo despues de saludarlo: "Parece que he visto esa cara y que conozco á vd.; he apreciado verlo, pues se me excusan ya con esta oportunidad dar otros pasos con respecto á la comision que tengo, y esta es: que aquí mismo se dé por preso á nombre de N. rey."

Ya se deja entender cuál sería la sorpresa y confusión de un hombre tan soberbio y orgulloso como Guzman, al oír una intimación tan inesperada. Entraron ambos á la presencia del virrey, y á pesar de los discursos que mediaron y elocuencia del conquistador de Jalisco, no pudo ménos que dar á Torre el auxilio que le pedía para la ejecución de las órdenes del soberano. Quedó preso en el mismo palacio, y á poco salió para Veracruz y de aquí para España. Dios quiso que este infeliz conquistador no se fuese á la otra vida sin pagar en ésta algo de los atentados que habia cometido. Si no hubiera sido tan oportuna su prisión, se hubieran eludido, los arbitrios que se dieron para ella; pues su viaje estaba proyectado para Génova en donde estaba un hermano suyo; su fin era estorbar la residencia por medio de empeños y cohechos. Todo esto se descubrió después de su prisión. Lo cierto es que la residencia no se le tomó, porque habiendo llegado á España, fué confinado á ocho leguas de la corte al lugar de Torrejon de Velazco, y allí murió después de dos años. (1)

Las demoras precisas de Pérez Torre para recibirse del gobierno de N. Galicia: las de

(1) Su proceso puede leerse en la biblioteca del Estado, adjunta está la del famoso Pedro Alvarado, uno de los más in-
ames ayen tureros españoles.—M. E. B. y P. M.

reunir los informes de que debía formarse el juicio y otros embarazos, prolongaron las penas de aquel: y no pudo dejar de morir solamente.

Se llegó á ver en tal miseria, que solo de hambre iba á morir en ocasión que se hallaba en la corte D. Fernando Cortés, y á pesar de su rivalidad, éste lo socorrió con limosnas para que no pereciese.

Los adictos á Guzman en el N. Galicia, y tal vez cómplices de sus delitos, todos se extraviaron y los más huyeron. Juan de Oñate, jefe de la prisión de Castilla, se fué al Perú y allí murió miserablemente. Cristóbal su hermano, gobernador interino, entregó el gobierno á Diego Pérez Torre en la villa de Tonalá: vino el cabildo al efecto de Tacotan, en donde estaba la ciudad de Guadalajara y primera de N. Galicia. Presentó sus despachos el nuevo gobernador y luego fueron obedecidos. Dió comisiones para los informes de la residencia de Guzman secuestró sus bienes, y por entónces estableció su residencia en mismo el Tonalá, y despachó á Oñate y cabildo á la ciudad.

Murió Nuño de Guzman en Torrejon de Velasco por los años de 1540. Nació en Guadalajara de Castilla la nueva: pasó á la Nueva España de gobernador de Pánuco de Tampico. Fué juez de residencia de Hernan Cortés y primer

presidente de la Audiencia de México. Desempeñaba este cargo cuando salió á la conquista de Jalisco, en donde sus rivales, como era de costumbre entre los conquistadores, le fraguaron su ruina. Era de mediana estatura muy elocuente para hablar y sobre todo, un gran jurisconsulto. Nada le valieron estas prendas para defenderse cuando trató Dios de humillar su soberbia. Dejémosle en su destino eterno y sigamos con los progresos de la conquista.

Siguen las desgracias de los conquistadores, con la muerte de D. Diego Pérez Torre y otros sucesos adversos.

Comenzó y prosiguió el gobierno del Lic. Diego Pérez Torre, con la mayor rectitud: era grave, integro y dispuesto para grandes empresas. Tal salió el nuevo gobernador como se lo prometió Carlos V y como lo necesitaba la N. Galicia. Se le presentaron muchos indios dispersos por la anarquía en que los dejó Guzman. Fundó nuevos pueblos con ellos y algunos vecinos españoles. A estos les contuvo cuanto pudo, más bien con el ejemplo, que con la palabra y la justicia. La religion, sobre todo, tuvo en tiempo de su gobierno grandes incrementos. Trajo mi-

sioneros que tanto se necesitaban, y entre ellos un hijo suyo llamado Fr. Diego. La desgracia de la N. Galicia fué que duró poco; porque aun no se satisfacía Dios y su justicia de los pecados del reino.

Para este tiempo, desengañados los indios disidentes de que ya no podian librarse de la dominacion española, si no los batian con las armas, comenzaron en varios puntos á hacer sus juntas y reuniones, comunicándose mutuamente sus deliberaciones para realizar una subleuacion general. El cacique del pueblo de Huajicar que estaba ántes en el local que hoy ocupa la laguna llamada la Magdalena, convocó á los caciques de Etzatlan, Ahuacatlan y Hostotipaquillo. Estos reunieron un cuerpo respetable de guerreros que tomando las alturas provocaban de todas maneras á los españoles. El gobernador hizo consejo de guerra y resolvió salir á contener á los indios.

Salió Torre con un trozo de soldados y axiliares de Tonalá y Tlajomulco. Esto fué el año de 1538.

Los sublevados se hicieron fuertes en un cerro muy alto, que parece fué el llamado hoy de Tequila. Llegando el ejército al cerro hizo Torre á los indios los requerimientos de estilo. La res-

puesta fué: que habian de morir en defensa de sus libertades y de sus tierras. Cercaron los soldados á los indios por todas partes; el resultado fué romper los sitiados por todas partes con desesperacion el cerco, y en que quedaron muchos muertos. Pero los conquistadores no pudieron tener mayor pérdida de la que tuvieron, porque desbocado el caballo del gobernador, lo precipitó de una altura, se le echó encima y quedó moribundo.

En este estado, fué conducido al pueblo de Tetan. Vino Oñate y los principales de Tacotan, recibió los sacramentos é hizo su testamento. Declró quedar de gobernador interino Cristóbal Oñate y murió. Fué enterrado en Tetan, y cuando se fundó la actual ciudad de Guadalajara, se trasladó su cadáver á San José de Analco, y de aquí á la iglesia del actual convento de San Francisco. Fué llorado de todos los buenos y aun de los indios, amigos de los pueblos. Oñate, que quedó encargado de dos hijas que trajo, las casó; á una con D. Jacinto Piñeda, y á otra con D. Fernando Flores de Torre, que unieron los apellidos para darse mayor importancia.

Dióse cuenta al virey de lo sucedido y dió el gobierno de N. Galicia, que despues confirmó el rey, al tirano de la Sonora D. Fracisco Vasquez

Coronado. Por fortuna de la Galicia estaba ese infeliz muy entretenido en su conquista destruyendo y acabando con los indios de Sonora á fuego y sangre, en busca de unos cerros de plata y oro de que tenia relacion se hallaban por la costa del Pacífico. Lleno de delitos, enfermo y abatido de la fortuna solo pasó para Jalisco, y renunciando el gobierno se fué á México de donde ya no volvió.

Con estos sucesos tan adversos se fué aumentando el descontento general. Las rivalidades y discordias consiguientes á la residencia de Nuño de Guzman, que aún tenia su partido; la noticia de la prosperidad del Perú, la pobreza de la N. Galicia, en donde aún no se descubrian minas, y por último, la sublevacion general de los indígenas que amenazaba; hizo que muchos colonos abandonaran los pueblos y se fuesen. Oñate vivia en Tacotan, de allí destacó varias partidas de tropa y auxiliares de Tonalá y Tlajomulco á varios puntos sospechosos del levantamiento. Ya en Huainamota habian dado muerte los indios á Juan de Arce que era el español que los mandaba como encomendero. La misma suerte amenazaba á Juan Villalva en Compostela y á otros en otras partes. Por esto representó fuertemente Oñate al virey pidiendo auxilios; pero éstos se demoraban y la necesidad era urgente.

Supo Oñate que muchos indios se hacian fuertes en el cerro del Mixton cerca de Juchipila y destacó veinticinco soldados y trescientos auxiliares al mando de Miguel Ibarra para que los batiera. El sábado de ramos de 1541 llegó esta division á la falda del cerro. El dia siguiente atacó Ibarra, y despues de hora y media de combate se retiró, porque los indios hicieron prodigios de valor: ganaron la accion, en que mataron diez españoles á pesar de la ventaja de sus armas. Murieron más de ciento cincuenta indios auxiliares de Tonalá y Tlajomulco. Pedia Oñate auxilio por todas partes; pero las partidas estaban demasiado ocupadas para poder favorecerlo. Las sublevaciones parciales que á un mismo tiempo hubo en varias partes, no les permitian dar un paso fuera de los puntos que ocupaban.

Como México estaba escaso de tropas dió orden el virey para que se solicitase á D. Pedro de Alvarado, que debia estar en Colima aprestando su armada para descubrir las costas del Sur y Poniente, con direccion á las Californias. Mandó ordenes para que viniese á auxiliar á Oñate que se hallaba en conflicto. Este, mientras venia este auxilio, mandó á Miguel Ibarra para que recojiese algunos indios amigos de

los partidos de Teocaltiche, encontró al pueblo sin gentes: y disimulándoles el concepto de levantadas, mandó á los pocos que encontró que buscasen y llamasen á los caciques. Vinieron éstos, y prevalido Ibarra de la autoridad de encomendero, les dijo: que les dieran de comer á él y á los que traia en su compañía. Los valientes le respondieron que ya se podian ir á Castilla: que ellos estaban en sus tierras: que si queria les diesen de comer, que lo trabajasen, ó fuesen á pedirlo al Mixton, y que allí los regalarian sus compañeros.

Disimulándoles su despecho y burla les replicó: que aunque no les diesen de comer, que solo pretendia su amistad: que ya eran cristianos y tenian dada obediencia al rey de España, que bajasen de paz y se les perdonaria, y que de no hacerlo, se les daria cruda guerra. A ésto respondieron los caciques: que hicieran lo que quisieran, que ellos se defenderian haciéndoles todo el mal posible; Ibarra los estrechaba con amenazas, y ellos se reian y decian: si tan valerosos sois, ¿cómo os fué en el Mixton? Solo á traicion, dijo Ibarra, pudieron los enemigos cantar la victoria: que en breve vendrian de México muchos soldados, y los tratarian como merecian.

Convencidos los indios de que los de Ibarra

eran pocos, y que ellos estaban bien parapetados, los provocaban á que saliesen al campo; pero Ibarra se retiró aunque precipitadamente, porque le descargaron una tempestad de piedras y flechas. Sin escarmentar con ésto, siguió en pos de otros caciques amigos y se acercó á Nochistlan. Aquí estaba la principal fuerza de los indios que actualmente hacian la reunion á las órdenes de un indio cascan, que por darse mayor importancia se denominaba D. Diego Zacatecas. Tenia el fuerte siete alvarredos ó lo que llaman potrereros, de cuatro varas de gruesos y dos de alto. Ya habian unido más de dos mil indios vestidos á uso de guerra y con morriones de plumas de colores. Se acercó Ibarra en solicitud de un cacique llamado D. Francisco, íntimo amigo suyo. Salió y luego que lo conoció, le dijo: señor, ¿á qué venis? ¿Quereis morir con vuestros compañeros? Yo estoy pronto á serviros porque amo á los castellanos; pero mis súbditos me han querido matar porque no queria venir á esta reunion: D. Diego Zacatecas es el jefe de todos, y tengo entendido que si no dejais la tierra, todos pereceis.

Solicitó Ibarra la presencia de D. Diego, quien no tuvo embarazo de salir luego. Le dijo el jefe español: ¿para qué haceis, señor, esta reunion?

los españoles no os han hecho agravio ninguno, y yo os aseguro del perdon si desistis de vuestras intenciones. Mas el general, lleno de entusiasmo, respondió: vosotros los españoles sois unos barbudos, bellacos y calabazos; y tambien lo es D. Francisco que me ha llamado á tu presencia. Idos presto, porque haremos que la tierra os trague: y despues dió un alarido, que correspondido por los demas, se oyó por todo el valle. Amigos, dijo, á las armas, mueran estos españoles: defendamos nuestra tierra y vengemos nuestros agravios. Dispararon infinitas flechas y acometieron de tal suerte á los españoles, que éstos aterrados é inconsultos bajaron precipitadamente el cerro y corriendo libertaron la vida. No los siguieron más los valientes, porque la violencia de la carrera de los caballos breve los desapareció.

Viene Pedro de Alvarado, su muerte y últimos triunfos de los indios, y fundacion de Guadalajara.

Luego que Alvarado recibió las órdenes del virey, y á vista de los empeños de Oñate para que viniera á auxiliarlo, salió á marchas dobles de Zapotlan en dondē se hallaba. Llegó á To-